

# VEINTIUN AÑOS

Clara Isabel Maldonado

Allí lo tenía, frente a ella, empacando. Tan desolado, y, al mismo tiempo, tan maduro, tanto, que si no fuera por su propia indignación, su desesperación, se lanzaría ella misma a ayudarlo, le escogería buena ropa, como cada mañana –mira, estos calcetines van mejor con esa camisa, dóblala con cuidado que está recién planchada, cambia el maletín, éste es muy pequeño...–

Veintiún años, pensaba, entre lágrimas que luchaban por salir y ocultarse; por veintiún años te he lavado la ropa, te he alimentado, me he quedado aquí encerrada para que tú progreses, me he perdido del mundo para que tú lo ganes, esperando siempre tus esporádicos regalos (alguna vez un vestido, alguna vez una ida al cine) como si fueran bendiciones en mi camino...sin ver, sin querer ver que todo eso era ni más ni menos lo que yo bien me merecía, eso y mucho más...Y ahora, así, como si nada, ¿haces tus maletas y te vas?

Habían compartido tantas cosas juntos, en aquel lugar: ella tejiéndole, leyéndole, cosiéndole...y él, siempre inconforme, siempre descontento.

–¿Pero es que tú no entiendes, que ha de haber algo más allá de todo esto, de las cuatro paredes de esta casa, de las cuatro calles de este pueblo?¿que estamos aquí para hacer mucho más, que no puedo ser feliz sólo por el hecho de que existo, aquí y ahora?¿Es que tú no puedes ver un poco más allá?

No, Rafael, no puedo ver nada, ¿es que no te basta con todo lo que te quiero, con todo lo que te doy? Si a mí me bastas tú, si yo sí soy feliz...claro, al margen de la sombra de tu infelicidad.

–Si el amor, como tú piensas, bastara para todo...¿es que no lo puedes ver? –decía él, asomando la cabeza entre sus libros, hablando con emoción, agitando las manos, con convicción –entonces nos sentaríamos a la mesa, a beber amor, a comer amor, a masticar y respirar amor. La misma felicidad no es más que una ilusión.

Sí, Rafael, siempre hablándome como si yo no tuviera cerebro, como si estuviera arrastrándome mil años luz detrás de ti. Y no sabes que yo también tengo mi capacidad para decidir, y si tuviera una elección (como la tuve ayer, ayer mismo) ¡que más quieres! Optaría por ti...

\*\*\*

Aquel martes, como todos los segundos martes de cada mes, tres golpes en la puerta la sorprendieron todavía sin estar lista; nerviosamente acabó de ponerse color en los labios, y, aunque esta escena llevaba ya años repitiéndose, aún temblaba al abrir el picaporte. El la estrechó, y se deslizó en silencio, cerrando la puerta por detrás. Después, sobre la cama aún sin tender, él le había tomado la cara entre las manos, obligándola a mirarlo a los ojos.

–¿Hasta cuando, Adela? ¿Hasta cuando vamos a esperar? Ya cualquier día me tropiezo con mis cincuenta años y voy a seguir viniendo aquí, como un ladrón, a tocar tu puerta a escondidas una vez por mes...como dos niños, como dos niños en pecado.

¿Cuándo vas a pensar en ti misma?

– Pero tú sabes, tú sabes bien...está Rafael...

– ¿Por que no me dejas a mí hablar con él?

Los ojos de ella se abrieron mostrando negativa.

– No, no. Soy yo la que debe hacerlo. Pero tú sabes, no puedo...

– Entonces, hazme saber el día en que te decidas. Las cosas así son muy difíciles para mí, pero en cambio, todo sería tan fácil con sólo una palabra tuya. Llámame, Adela, y cuando tú me llames vendré, y será para llevarte. Pero ya no me esperes hasta entonces.

\*\*\*

Sí, Rafael, así lo dejé partir; aquello que quizás hubiera sido un cambio significativo en este mi vivir de siempre, al que me he acostumbrado ya por tantos años. Y no te dije nada.

No, ni tampoco te dije nada cuando te vi en la ciudad ese día, en que yo me escapé, por ahí, a hacer compras, y te vi con esa muchacha, retozando, sonriendo en la plaza; se reían tan contentos –apuesto a que no le estabas repitiendo aquello que siempre me dices a mí sobre la oscuridad de tu existencia...– No dije nada, no me acerqué; me volví sobre mis pasos y esa noche esperé, a ver si me decías algo, a ver si un gesto tuyo revelaba algún indicio.

Pero no, no me dijiste nada. Entiendo que no me dijeras otras cosas, como lo de los pendientes que me regalaste diciendo que eran de oro, y que no lo eran (eso me lo dijo el señor Martín, de la joyería, sin ninguna mala intención, pobre hombre) o que estabas participando en esas reuniones activistas en contra del gobierno...todo esto lo entiendo,

eso es cosa tuya. Pero si estabas viendo a esa mujer, que te hacía sonreír como nunca te vi yo hacerlo aquí en la casa, por lo menos, Rafael, después de estos años en los que hemos compartido tanto, por lo menos eso, merecía saberlo.

Y ahora, aquí estoy, parada frente al marco de la puerta de tu cuarto, viéndote empacar tus cosas, dejándome, así, sin haberme dicho nada hasta ahora, dejándome por ella, de quien ni siquiera me dijiste el nombre...

–Tú sabes que así tenía que ser, –decía Rafael, empacando –tarde o temprano, iba a ser así un día. Yo sé lo que es mejor para ti y para mí. Quizás ella no signifique aquello que me está faltando, pero está dispuesta a buscar conmigo, dondequiera que tengamos que ir; y al menos sé que yo puedo hacerla feliz, y ésa es una buena razón por donde empezar...

–¿Y ahora me dices eso?¿Después de veintiún años en que me he negado a mí misma el derecho de vivir, sólo por ti?¿Ahora, así, tomas las ropas que yo misma te he cosido y te vas con una chiquilla que quizás no sabe ni ensartar un hilo en una aguja?¿Así te vas?

El la miró por unos segundos, con cariño, con comprensión, con una proximidad recién descubierta. Entonces habló:

–¿Tú crees que yo me iría así si no supiera que tú también tienes a alguien que puede cambiar tu vida, alguien que te espera, cuyo único obstáculo en el camino soy yo? ¿Por qué no quieres comprender que ésta es también la oportunidad para empezar tu propia vida, hoy mismo, sin tener que postergarla un sólo día más?

Las lágrimas en los ojos de ella se secaron instantáneamente, una sacudida feroz estremeció su cuerpo, como si la verdad de pronto hubiera sonado también por primera vez en sus oídos. Cierto, carajo, yo también puedo ser feliz por mí misma...Pero no dijo nada, sino que se esfumó por un momento.

Cuando reapareció, él la esperaba con todo listo en la puerta.

–Toma, –le dijo, tendiéndole dos paquetes –es un pedazo de pastel de manzana para el camino, lo hice hoy y pensé que te gustaría...y esto...estos son unos ahorros que tenía en caso de emergencia. No, no me los rechaces, esa mirada en tus ojitos la conozco ya de sobra...tómalos, que los vas a necesitar más que yo...¿No me vas a dar un beso?

El la abrazó cariñosamente y le dió un beso en la mejilla.

–Mamá, todo va a estar bien. Tú sabes que es mejor así.

–Vete, hijo, creo que tienes razón. Hoy es el principio de nuestras vidas. Tanto para ti como para mí.

Sí, vete, Rafael. Por veintiún años, desde el día en que naciste, yo miré por tus ojos, hablé por tu boca, trabajé con tus manos. Ahora te vas, y me quedo con la triste y sorprendente realidad de que tengo manos, y boca, y ojos propios...quizás tenga tiempo de empezar a usarlos.

Se retiró de la ventana, con un suspiro; levantó el teléfono y marcó, con decisión, con esperanza, aquel número tan familiar, ya casi olvidado.